

NUESTRO QUEBRADO ESPEJO: LA APUESTA DE RAMÓN DÍAZ ETEROVIC¹

Magda Sepúlveda E.
Doctorado en Literatura

No mires hacia atrás, puedes convertirte en una estatua de sal. Esta afirmación-amenaza parece recorrer el discurso desarrollista de la transición (1990) y pos transición. Bajo la óptica del progreso, todo parece ser futuro. Desde esa posición, el pasado es lo más digno de olvidarse. Por eso, nada parece hacernos más daño que la memoria.

A pesar de ese discurso, marcado por un deseo amnésico, el pasado irrumpe y no hay más que escucharlo. Esta situación se presenta con la novela policial. En estos textos, la trama se establece en torno a la resolución de un caso, lo que implica un movimiento desde el presente hacia el pasado; es decir, una forma de hacer memoria.

Las novelas policiales editadas recientemente (a partir de 1989) en Chile, son novelas policiales negras y no clásicas. Quizás el punto más divisorio entre ambas categorías sea el realismo crítico que acompaña al policial negro.

El policial clásico marca la apertura del género. Dentro de este paradigma están Wilkie Collins, Edgar Allan Poe, Arthur Conan Doyle y Chesterton, entre otros. Sus textos comparten:

- Un delito no aclarado, que sirve de punto de partida para la estructuración narrativa;
- Un detective que desempeña el rol protagónico. Su función es descubrir el transgresor de la legalidad. La figura del detective corresponde a la del héroe:

¹ Este trabajo fue diseñado para el curso Epistemología de la Literatura, dictado por el profesor Nelson Osorio. Algunas ideas centrales de este artículo pueden ampliarse con las nociones sobre la narrativa actual coledidas por el profesor Rodrigo Cánovas en la investigación "Nuevas Voces de la Novelística Chilena", Editorial Universidad Católica, 1997.

“El detective elige esa profesión por vocación y viliación. No está interesado en fines lucrativos. Es su deber y también su responsabilidad el velar por el imperio de la justicia. El mensaje de nuestro héroe trasciende los límites de la mera especialidad de detective: todos los hombres deben (ser como él, es decir detectives) luchar contra las fuerzas del mal” (Planells 73).²

- El procedimiento investigativo privilegia el razonamiento lógico. Cada nuevo argumento es una hipótesis que va permitiendo el desarrollo del texto. La primacía de la razón suscita que el detective pueda solucionar el caso aun sin salir de su escritorio;
- El espacio donde transcurre la acción es habitualmente urbano. Puede incluso tratarse de un sitio cerrado, del cual no pueden salir ni entrar los personajes; en cuyo caso se habla de delito de cuarto cerrado.
- Los culpables son encontrados y castigados. De esta manera, el final de la novela implica una restitución del equilibrio fracturado inicialmente.

Por subversión al policial clásico, surgió el policial negro, que se originó en Estados Unidos, entre los años veinte y treinta, cuando la ley Volstead (llamada también ley seca) trajo consigo el contrabando de licores y con él, la aparición de los gansters y de la corrupción. Los textos policiales negros realizan una crítica a las instituciones legales y desde allí a la sociedad toda. Los creadores de esta variante son principalmente Dashiell Hammett y Raymond Chandler. Los aspectos centrales del policial negro son:

- El delito con que se abre la narración afecta a un particular, pero, a través de su desarrollo, toca a la comunidad entera;
- La función del detective continúa siendo la de desentrañar el delito, pero ahora su personalidad está impregnada de sarcasmo. Es un hombre de acción, sus límites están mucho más allá de su escritorio. Su posición en la sociedad está lejos de los círculos de poder, no tiene mujer ni hijos, políticamente es un escéptico; se le podría calificar de outsider. Su moral se ha complejizado, volviéndose relativa y llena de contradicciones; por esto no es extraño que proceda fuera de los marcos de la legalidad;

² Antonio Planells, “El Detective Literario: Panorámica del Género Policiaco de Poe a Borges”. *Escritura: Teoría y Crítica Literaria* 19-20(10), Venezuela, dic. 1985, pp. 71-101.

- El narrador ya no relata usando la norma culta formal, sino que empieza a contar empleando el habla coloquial, con las jergas y modismos que se utilizan en la calle.
- Este tipo de novela ha sido mirada como una suerte de crónica social.

Entre los cultivadores chilenos de la novela policial clásica están: Egidio Poblete, con *La Avenida de las Acacias* (1917); James Enhart, con *Crimen entre Psicólogos* (1949); Edesio Alvarado, con *El Desenlace* (1966); René Vergara, con *La Otra Cara del Crimen* (1970); Antonio Gómez Rojas, con *El Huésped de Invierno* (1982) y Eduardo Araya, con *Crimen de Cuarto Cerrado* (1987).

La adopción del género negro comienza a estructurarse en el continente a partir de la segunda mitad de los 70, época durante la cual se editan, casi simultáneamente en México, Argentina y Cuba textos policiales. Luego, surgen los contemporáneos a nuestros escritores chilenos (nacidos a partir de 1950),³ podemos citar a los mexicanos Paco Ignacio Taibo II, a Rafael Ramírez Heredia y a Juan Hernández Luna con *Quizás Otros Labios*, novela que en 1995 fue postulada al Premio Internacional Hammet; no podemos dejar de mencionar a los argentinos, que como nación poseen gran oficio en este género, por ejemplo a Osvaldo Soriano, con *Cuarteles de Invierno* (parte de una trilogía), a Ricardo Piglia, con *Respiración Artificial*, a Mempo Giardinelli, con *Qué Solos Quedan los Muertos* y a Rolo Diez, que recibió el Premio Hammet por su novela *Luna Escarlata*. En la gran mayoría de estas novelas está presente una articulación sobre el problema de la memoria.

En la novelística chilena, bajo el género policial negro (tomando en cuenta especialmente a autores nacidos a partir de 1950), encontramos las novelas: *Mercenario ad Honorem* (1989), de Gregory Cohen, *La Secreta Guerra Santa de Santiago de Chile* (1989), de Marco Antonio de la Parra, *El Infiltrado* (1989), de Jaime Collyer, *Quién Mató a Cristián Kustermann* (1993) de Roberto Ampuero, *La Ciudad Anterior* (1993), de Gonzalo Contreras, *Legítima defensa* (1993), de Alejandra Rojas, *Nombre de Torero* (1994), de Luis Sepúlveda y la serie desarrollada por Ramón Díaz Eterovic.

Un examen rápido de estas novelas (con el único objetivo de situar la obra de Ramón Díaz Eterovic) entrega algunos datos en relación al mundo ficcional sobre el cual se está desarrollando esta reciente producción. En *Mercenario ad Honorem*, el protagonista se convierte en su propio detective, al tratar de demostrar su inocencia en un crimen político. *La Secreta Guerra Santa de Santiago de Chile* relata la búsqueda del padre, realizada por el

³ Interesa revisar el imaginario de aquellos autores que al momento del golpe militar chileno (1973) tenían alrededor de veinte años.

protagonista, aventura tras la cual se revisa el pasado del Partido Radical chileno. *El Infiltrado* es la narración de un personaje con el objetivo de explicarnos qué lo llevó a participar en un atentado con explosivos. *Quién Mató a Cristián Kustermann* devela la conciencia culpable de toda una sociedad, donde la víctima del asesinato presenta un enmascaramiento tal, que lo convierte en un desconocido. *La Ciudad Anterior* es la manipulación efectuada a un protagonista retenido artificialmente (acusado de vender las armas para el crimen) en una ciudad no metropolitana. *Legítima Defensa* narra un conflicto de afectividad y clases que induce a ocultar el asesino. Finalmente, *Nombre de Torero* ficcionaliza la competencia por un botín entre dos personajes otrora partícipes y defensores de metarrelatos izquierdistas.⁴

Quizás el autor chileno de mayor producción de novelas policiales a la fecha, sea Ramón Díaz Eterovic. Entre las ya publicadas se cuentan: *La Ciudad Está Triste* (1987), *Solo en la Oscuridad* (1992), *Nadie Sabe Más Que los Muertos* (1993) y *Angeles y Solitarios* (1995).⁵

El protagonista de las novelas de Ramón Díaz Eterovic, el detective Heredia, es caracterizado como un personaje ligado al pasado, un ser quebrado síquicamente, que no ha podido unir pasado y presente, de manera que no se siente partícipe del tiempo actual, más bien lo detesta. Heredia parece ser de los que se quedaron atrás, de los que están empecinados en mostrar que aquí hay pobreza, que hay censura y sobre todo, que hay grupos con legitimidades propias. Heredia, en su fractura, se constituye como emblema de país (Chile, esta nación que no puede hablar de su pasado).

⁴ La lista se puede ampliar con *La partida* (1991), de Jorge Calvo y *El paraíso tres veces al día* (1995), de Mauricio Electorat, aunque estas obras no fueron reseñadas, con la misma abundancia que las nombradas en el texto, por los críticos de la prensa. Asimismo, he comentado la obra primera, en el caso de aquellos autores que poseen más de un texto policial; por ejemplo, Marco Antonio de la Parra y Roberto Ampuero; en razón de que ciertos rasgos caracterizadores de su primera producción policial continúan manteniéndose en sus producciones posteriores.

⁵ No comentaré *Angeles y Solitarios* (Santiago, Planeta), debido a que, en términos del protagonista, no introduce relevantes datos nuevos. Sí es interesante apreciar en ella la pugna que la autoría realiza por suplantar el pasado con un nuevo y juvenil presente.

CONFIGURACIÓN DEL DETECTIVE

La Ciudad Está Triste (Santiago, Editorial Sinfronteras) relata cómo Heredia desentraña el caso de la desaparición de una joven universitaria.

El trazado organizacional de esta novela está articulado en torno a Heredia, narrador y protagonista a la vez. En un estilo descriptivo y sarcástico, que sigue la veta trazada por Raymond Chandler, la autoría nos presenta a un protagonista cuyo signo relevante es la tristeza. Una tristeza que se contrapone al optimismo que inundaba a los autores del sesenta, como Antonio Skármeta y Ariel Dorfman, por ejemplo. Esta tristeza parece contaminar a toda la ciudad, como si la tristeza fuera una atmósfera:

“Miré a mi alrededor y no había nadie. La ciudad sigue triste, pensé y escupí mi propia pena en el suelo”.
(p. 24)

Heredia lamenta la falta de intereses colectivos, la soledad parece ser una condición adquirida del protagonista en la ciudad moderna:

“Tienes que aprender que en la ciudad estamos solos, y sobrevivir ya es un milagro”. (p. 88)

La soledad del detective se ve enfatizada por ciertos valores que él porta, en oposición al resto, tal como lo haría el protagonista de una novela decimonónica:

“Tú no cambias. Siempre tratando de ser honrado”.
(p. 22).

A lo que Heredia responde:

“Honrado es una palabra que ya no usan ni en los libros”. (p. 22)

Dentro de este ambiente corrupto, Heredia actúa como un tipo rudo que no teme ejercer la justicia, aunque ésta contemple la violencia hacia el culpable:

“Aflojé un poco la puerta dispuesto a liberar al asesino, pero cambié de idea, y dando un impulso la golpeé violentamente. La cabeza de Carmona sonó como una nuez partida”. (p. 82)

En cuanto al delito, la corrupción es ejercida desde el poder político, no es manipulada por un particular, sino que proviene de organismos colectivos (policía, partidos políticos y organismos de gobierno):

“No es la primera vez que se sabe de tipos que tiran de chincol a jote en nombre de la patria. Mi escritorio está repleto de denuncias que no se pueden investigar, informes a los que no se les cree una coma, resultados de autopsias cambiados y cientos de papeles a los que sólo se les tira polvo encima”. (p. 55)

Heredia se relaciona con todos los desplazados de la felicidad proporcionada por el liberalismo económico, prostitutas, quiosqueros, borrachos; gracias a ellos, obtiene la información que le permite desarticular pequeños núcleos de poder. De esta manera, la novela no apuesta al suspenso, sino a la configuración de un protagonista que logra atacar segmentos del poder político desde su precaria condición:

“Ya no hay misterio que descubrir. Nunca lo ha habido. Todo no es más que un crimen. Las pistas que revelan al culpable en la última página son para las novelas. La realidad anuncia a los criminales con luces de neón”. (p. 89)

El género policial presentado en *La Ciudad Está Triste* no tiene por clave el trabajo con el suspenso, sino la forma de estructurar un personaje cuya narración devela la complejidad del poder.

POÉTICA DE PERDEDOR

Solo en la Oscuridad (Buenos Aires, Tomás Agüero Editor) inserta al detective Heredia en la investigación de un crimen, aparentemente de narcotráfico. En realidad, el móvil del delito resulta sorprendente. La novela puede leerse como una diatriba contra los intelectuales, tanto a nivel de enunciado como de enunciación.⁶

⁶ Si bien es interesante esta polémica hacia la figura del intelectual, no se realizará mayor comentario de ella, pues el motivo de este trabajo es la figura del protagonista. Se adjunta la siguiente cita para quienes se interesen en rastrear este conflicto: “Debes aprender que a las explicaciones corresponde que las busquen los que no tienen tiempo para vivir. Los burócratas de dientes amarillos; los científicos becados en dólares, los psicólogos con lentes gruesos y los escritores que teorizan porque no tienen una maldita gota de sangre verdadera en las venas” (p. 72). Ahora, a nivel de enunciación, basta registrar quién es el culpable del delito y sus motivaciones.

El detective asume, en esta novela, la poética de un perdedor: se siente de otra época, sin opción para vivir de una manera diferente, sin ilusiones y develando la cara sucia del progreso.

Nadie le cancela a Heredia por resolver este delito, sólo lo mueve su interés por la verdad y su afecto hacia la hija de la víctima. Estas dos motivaciones llevan a que el protagonista se declare perteneciente a una época ya perdida:

“No hay ninguna razón lógica para que la ayude sin conocer su historia, pero lo haré. Tal vez necesito ocupar mi tiempo, o bien, soy un sentimental pasado de moda”. (p. 20)

A través de los ojos del protagonista, la vida es apreciada como un juego, donde al parecer él estaría en un lugar poco feliz:

“Nos tocaron naipes malos y eso es todo. No queda más que resistir y dejar pasar el tiempo”. (p. 55)

Heredia se acerca a un cierto existencialismo, en su actitud de ser para la muerte:

“Uno no decide nada, Solís. Te asignan un número y te lanzan en una carrera que no comprendes”. (p. 71)

El detective no posee ilusiones, creencias, ni esperanzas:

“Algunos le llaman escepticismo. Yo prefiero culpar a los golpes. Una vez que a uno le rompen un ojo o le patean las costillas, nunca se vuelve a pensar en forma inocente. Y de ahí a pensar que no existe nada nuevo en que ilusionarse, hay un breve paso”. (p. 17)

En razón de este sentimiento de ser incapaz de transformar el mundo, no existe, para Heredia, el estado de felicidad. El ve siempre la otra faz, por ejemplo, la pobreza de la ciudad:

“Mi departamento se ubica junto a un parque, y frente a un sector de casas en demolición, las que, aparentemente, sólo son unos cascarones lastimosos que aguardan el golpe de gracia. Si se abren bien los ojos, se ven pequeñas fogatas entre los esqueletos de las construcciones, y alrededor de ellas, a unos cuantos hombres y mujeres acompañados de sus chiquillos sucios y flacos”. (p. 26)

El escepticismo de Heredia dice relación con este tiempo en que se han desvanecido las viejas utopías, esta pérdida de referentes ideológicos lo lleva a sentirse como un perdedor. Ya no hay para él forma de construir un mundo solidario, es un personaje angustiado, alguien a quien el destino/la historia ha dejado sin opción.

LA IMPOSIBLE MEMORIA

En *Nadie Sabe Más Que los Muertos* (Planeta, 1993), Heredia debe encontrar el hijo de unos detenidos desaparecidos. Esta necesidad de unir partes dispersas no sólo está dentro de su oficio, sino que además es la necesidad requerida por su propia siquis. Esto conforma la particularidad de la novela. Heredia se constituye en símbolo de un país que no ha solucionado su conflicto con el pasado.

Heredia, que es el narrador de su propia historia, se reconoce como quebrado:

“Miro hacia atrás, al pasado, y me veo partido en dos, inconcluso”. (p. 21)

Después de esta escisión, el protagonista adolece de una experiencia traumática que lo deja detenido en el tiempo, deplorando todo presente.

El periplo de la investigación lleva al detective a reencontrarse con diversos personajes de su pasado. El encuentro está marcado por el signo del desastre. Ellos han cambiado, el narrador los presenta como adaptados a los nuevos tiempos y, por esto mismo, nefastos. En una conversación, Demetrio Gutiérrez, antiguo compañero del liceo que ha vuelto del exilio, justifica su negocio de pollos ante Heredia, diciendo:

“Quiero que sepas que no he cambiado de modo de pensar, pero la prisión y el exilio me hicieron reflexionar. En Suecia conocí a Jenny y a partir de ese momento me dije que si volvía a Chile trataría de llevar una vida con algún sentido”. (p. 93)

El mismo Gutiérrez es quien le da a Heredia referencias de otro amigo de esos tiempos, Silva. Este último oficia de juez militar en los procesos de detenidos desaparecidos. La reacción de Heredia da cuenta de cómo él todavía sigue funcionando con las imágenes del pasado:

“-¡El era mi amigo!

-Hablas en pasado. Tu antiguo amigo y el implacable juez militar del presente no son la misma persona”.
(p. 59)

Este episodio detona en Heredia la necesidad de encontrar su propia verdad; él dice:

“El pasado me azotaba sin misericordia. Más allá de Cavens, Daniel o su hijo, era mi vida la que comenzaba a estar en juego. Llegar a su verdad pasaba a convertirse en la única justificación de mis pasos siguientes”. (p. 95)

Cuando el detective se encuentra con Silva, éste le ratifica su opción por estar dentro del tipo de vida afín al modelo propuesto por el sistema económico:

“Me casé con una compañera de oficina. Tengo tres hijos, casa propia, auto, televisión, dos perros, una casa en la playa, una buena cuenta de ahorro, y en seis días más cumpliré cuarenta años”. (p. 121)

Tanto Gutiérrez como Silva representan las opciones que Heredia no ha querido/podido seguir, ya que su obsesión es la memoria.

El pasado es la médula del ser de Heredia. Recordarlo le produce melancolía. Éste le comenta a Fernanda, su pareja:

“-Voy a recorrer el pasado.

-Cada vez que hablas del pasado te pones triste-agregó ella”. (p. 86)

Una de las situaciones que atrapa al detective en el pasado es su inclinación hacia los proyectos utópicos. En una conversación con el juez del caso, Cavens, queda clara la opción de Heredia por los proyectos colectivos; el detective dice:

“-Tampoco creo en sus leyes. Son piezas de museo, pulidas y retocadas de vez en cuando para mantener el orden que beneficia a unos pocos.

-Lo creí más inteligente, Heredia. Apenas le digo dos palabras y me propina un discurso que debe haber sacado de algún manual obsoleto de comunismo.

-No es un discurso ni palabras tomadas de ningún libro. Es lo que veo a diario en esas calles a las cuales usted no les debe conocer ni los nombres. Es lo que dice cada infeliz que estira sus manos para pedir una moneda a la salida de algún bar”. (pp. 30-31)

Y el propio Heredia lo confirma:

“Las palabras que encuentro en los libros y me hacen pensar que la vieja utopía de un tiempo mejor, sigue vigente, aunque la hayan manoseado como a puta de pueblo”. (p. 77)

Heredia se reconoce distinto de los otros personajes, sabe que él no ha podido olvidar el pasado. Uno de los antagonistas le explicita la nueva forma de vivir:

“El pasado ya no existe y es mejor olvidarlo”. (p. 58)

Su afán por la bebida, más allá de la conducta estereotipada de los detectives, sirve para conjurar el pasado y poder olvidar:

“Aún con la esperanza de ver brillar la luna, caminé por el Paseo Ahumada hasta que el bullicio de los vendedores callejeros y los topones de los paseantes me hicieron pensar en un lugar donde beber una copa, y no recordar nada, si es que ello es posible cuando lo único que se posee es el pasado”. (p. 10)

Heredia realiza en las calles la búsqueda de la historia, él afirma:

“El pasado está en las calles de la ciudad”. (p. 43)

Heredia es un habitante del Santiago antiguo. Su lugar urbano está polarizado antagónicamente, por total ausencia, con el nuevo Santiago, ubicado desde el barrio El Golf hacia arriba, surgido tras el boom económico y que encarna esa sensación de ser “los jaguares de Latinoamérica”. Heredia rechaza ese lugar donde él corre el riesgo de ser reconocido como un afuerino. Prefiere el viejo centro, donde confluye lo popular, donde se dan cita las prostitutas, los apostadores y los oscuros poderes.

Heredia sabe que su lugar está desplazado. No aceptar los nuevos tiempos es situarse en la vereda equivocada, equivale a señalarse como perdedor. Él así lo explica:

“Para ellos no era otra cosa que un apostador equivocado. El insensato que se negaba a cambiar de oficio o de conducta, una voz desde la orilla opuesta, marginal y conflictiva”. (p. 129)

En el plano económico, Heredia también opta por situarse fuera. Fernanda le dice:

“Eres todo lo que necesito. Estoy harta de tipos que piensan en el futuro, en el auto nuevo que tendrán en dos meses más, en sus trajes con hombreras, y nada tienen en la cabeza, llena de luces que no dicen nada. Me gusta tu corbata arrugada, el brillo de tus pantalones y que apenas ganes unos pesos para vivir al día”. (p. 62)

Fuera del nuevo proyecto oficial chileno, el del éxito económico, Heredia queda en una orfandad existencial. Parecen desaparecer aquellas personas con quienes se pueden compartir sueños alejados del dinero y del poder. Entonces, es natural que Heredia deplora el mundo que se ha construido tras la caída del muro:

“Se desmoronan las ideas y los muros, y espero que sea para bien. Que del desencanto nazca algo más real y menos parecido a una receta para empastelar ladrillos”. (p. 92)

Ahora su opción sólo puede remitirlo a sí mismo, es el mundo donde lo único que se ha vuelto creíble es la propia voz, por eso señala:

“Mi candidato es Heredia. No promete nada y a nadie le pide que le crea”. (p. 17)

Los otros están marcados por la moral de la adaptación:

“Es la hora de los negociadores y los que lucharon deben quedarse a un lado hasta que aprendan el nuevo código”. (p. 147)

Por eso él, todavía héroe, aunque sin mundo, destina esfuerzos para restablecer la justicia.

El detective busca al hijo perdido de unos detenidos desaparecidos; situación por cierto emblemática, se trata de la búsqueda de la generación que nació en los primeros años del golpe militar, ¿quiénes son?, ¿dónde están?. Estos sujetos nacidos bajo el signo del gobierno de Pinochet se llaman Fernando Cancino Paredes, conservan el nombre de pila de un militar y los apellidos de los padres detenidos desaparecidos. Son hijos mestizos, nacidos de la violencia y habitantes del desarraigo.

A pesar de que Heredia logra encontrar al hijo de los detenidos desaparecidos, nunca logra esclarecer qué sucedió tras la detención de los padres de éste; de ahí el título, *Nadie Sabe Más Que los Muertos*, que está aludiendo a la imposibilidad de una memoria en un país en que muchas astillas carecen de voz pública o sufren su propia y radical autocensura.

COMENTARIOS

El neopolicial chileno surge como una forma narrativa a fines de los 80, concretamente en 1989, con novelas como *Mercenario ad Honorem*, de Gregory Cohen, *La Secreta Guerra Santa de Santiago de Chile*, de Marco Antonio de la Parra y *El Infiltrado*, de Jaime Collyer. Los escritores Roberto Ampuero y Ramón Díaz Eterovic han ganado ya un público lector con la serie de aventuras protagonizadas por sus detectives.

Las novelas policiales negras de Ramón Díaz Eterovic trazan un mundo ficcional donde los crímenes afectan a la mayoría de la población, la víctima no tan sólo es una familia particular, sino la comunidad toda. Asimismo, los culpables se encuentran amparados por organizaciones que han creado sus propias legitimidades (policía, partidos políticos, organismos secretos) y que parecen actuar sin necesidad de rendirle cuentas a nadie. Frente a estos poderes, la figura del detective sobresale como una fuerza capaz de desmoronar, desde su precario lugar, ciertos circuitos de poder. Su método de resolución ya no es la supra inteligencia, sino es la cantidad de información obtenida gracias a aquellos personajes que han sido desplazados del poder (prostitutas, quiosqueros, borrachos). A pesar de estos logros, el detective no puede revolucionar la sociedad toda, está consciente de ello, se lamenta y la tristeza pasa a ser su signo vital. Es una tristeza refractaria a la modernidad propiciada por los discursos oficiales. Heredia y estas novelas policiales están diciendo lo otro, aquello que no queremos ver.